

(CUATRO PLIEGOS)

CAUSA CÉLEBRE



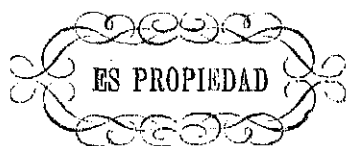
EL PASTELERO DE CARNE HUMANA

Y EL BARBERO ASESINO

MADRID

Despacho: Sucesores de Hernando, Arenal. 11.

CONSEJO SUPERIOR
DE INVESTIGACIONES
CIENTÍFICAS Y
PENINSULARES



EL PASTELERO DE CARNE HUMANA.

CAPITULO PRIMERO.

barbero Cabard. —Su hija. —Conducta de ambos. —El pastelero Miqueloa.

En la capital de Francia y por los años de 1415, en la calle del Monte de San Hilario y bastante cerca de la Iglesia de Santa Genoveva, vivia un famoso barbero llamado Bernabé Cabard, cuya parroquia consistia en los hombres mas principales de París, tanto en las armas, como en las letras y en las artes. Su tienda estaba siempre llena de gente; ganaba mucho dinero, su fortuna iba en aumento, y por la época á que hacemos referencia, se susurraba entre los menestrales del barrio, que trataba de abandonar el oficio para pasar tranquilamente el resto de sus dias al lado de una bella hija que Dios le habia concedido, la cual se hallaba á la sazón en sus diez y ocho años.

La suerte y prosperidad que la fortuna de maesé Bernabé experimentaba, habia escitado la envidia de sus amigos, convecinos y parroquianos, habiendo algunos que le atribuian por causa manejos nada lícitos é infames raterías. Se hallaba cundida la voz en todo el barrio, que la hija del barbero, la cual se llamaba Margarita, servia de anzuelo para que acu-

EL
CENTRO DE
ESTUDIOS DE
ETNOLOGIA
PENINSULAR

diesen á la tienda de su padre tan inmensa clientela, y que este accedía á esta infamia, porque el norte de sus ambiciones solo consistía en el dinero.

Otros muchos vecinos aseguraban, que la hija del barbero era del todo ajena á los manejos de su padre, siendo completamente inocente. Decían que Cabard aprovechaba las horas de la noche para ir aumentando su fortuna, robando atrevidamente á los que se extraviaban por las calles menos concurridas de París: y aun algunos llegaban á suponer, que en la suerte del barbero, influían grandemente las hechicerías y los manejos del diablo y las artes maléficas.

La autoridad, instigada por la voz pública, se había fijado varias veces en casa del barbero pero jamás había conseguido encontrar rastro alguno que indicase que en ella se había cometido un crimen cualquiera.

El barbero, por su parte, se reía de las sospechas de la justicia y de sus vecinos, y con su audacia y cinismo, desconcertaba á sus mas tenaces acusadores, los que de despecho se mordían los labios, como vulgarmente se dice, no dejando por esto de lanzar diarias calumnias al buen barbero que á pesar de todo, continuaba haciéndose rico.

Sin embargo, á los hombres pensadores chocaba la audacia y el descaro de Cabard, porque si bien algunos criminales tiemblan ante la idea de que puedan caer en manos de la justicia, otros en cambio, hacen gala de una inusitada valentía para desconcertarla.

En muchas ocasiones el barbero llegaba á decir, que los murmuradores de su conducta no hacían otra cosa que atraer nuevos parroquianos á su casa, y que cada chisme de la vecindad, le producía un escudo, el cual le proporcionaba dos, y así sucesivamente. También manifestaba á sus amigos, que si el público continuaba favoreciéndole, dentro de muy pocos años, podría cerrar su establecimiento y retirarse á pasar una buena vida con mucho dinero.

Sin embargo, debemos manifestar que Margarita, su hija, se hallaba siempre muy pálida y llorosa, contribuyendo esto á realzar su magnífica hermosura. Su palidez se achacaba á mal de amores, pero Margarita no amaba á nadie, como luego se verá. Esta jóven desaparecía de su casa frecuentemen-

te, por órden de su padre, y se dirigia á casa de una parienta que vivia cerca de París. Estas ausencias, como hemos dicho, se reproducian; lo cual era motivo para que creciesen las sospechas de los vecinos y envidiosos de Cabard. Las murmuraciones no inquietaban á Margarita, pero no era dichosa y vivia violentada continuamente por el irascible carácter de su padre. Así muchos decian que el barbero y su hija estaban ligados por un terrible y sangriento suceso, que de ser conocido, á los dos los llevaria al patíbulo.

Los jóvenes hallaban gran encanto en la conducta ambigua de Margarita, la cual les obligaba á conocerla y á inquirir acerca de su persona todo lo posible: y muchos ricos y bellos y hasta nobles, habian ofrecido su mano á la hija del barbero, la cual los habia rechazado á todos sin alegar un motivo fundado. Cuando la joven aceptaba á alguno, pasaba una cosa terrible, espantosa. El desdichado que llegaba á obtener una sonrisa de la joven, desaparecia de la noche á la mañana, sin que nadie pudiese dar cuenta de su paradero, y sin que fuese posible encontrarle.

Y esto habia sucedido repetidas veces, motivando el que algunos creyesen que Margarita tenia pacto con el diablo, el cual cargaba con los amantes que adquiria. Y de aquí, que sobre el barbero y su hija versasen todas las historias de París, convirtiéndolos en dos héroes populares, que ya inspiraban horror, ya curiosidad.

Ahora, para la fácil comprension del lector, vamos á tratar acerca de otro personaje célebre en la historia que vamos refiriendo, y el cual se hallaba estrechamente unido al barbero, como manifestaremos á su debido tiempo.

Llamábase este Pedro Miquelon, y tenia establecida una pastelería, pared contigua de la barbería de Bernabé Cabard. Este establecimiento se hallaba siempre lleno de gente, pues era voz pública que como Miquelon no habia otro pastelero en París, y que confeccionaba la pasta de una manera exquisita. Por más que sus compañeros de oficio trataban de competir con él, no podian dar con el secreto de confeccion de pasteles, en el cual descansaba toda la fama culinaria de Miquelon.

El ingenioso industrial, como es de suponer, ganaba cuanto dinero queria, y esto dió motivo para que los envi-

diosos comenzasen á murmurar y á inventar todo género de patrañas para desacreditarle. Se llegó á decir, que Miquelon confeccionaba sus pasteles con carne de animales muertos, entre los mas horrorosos suplicios, que los condimentaba de una manera súa y que era sumamente desaseado. Estas murmuraciones sin embargo, no llegaron á alejar la gente de su establecimiento, pues no habia nadie en París, por pobre que fuese, que alguna vez al menos no hubiese probado los esquisitos y succulentos pasteles de maese Pedro Miquelon. Este se reia de los chismes de la vecindad, como lo hacia su vecino Cabard, y á presencia de sus mismos acusadores continuaba enriqueciéndose.

CAPITULO II.

Detalles acerca de la vida del pastelero.—Los jóvenes españoles.—Maese Chapelard.—Amores de Julio.

La vida aislada del pastelero contribuia tambien á aumentar la murmuracion. En su casa no habia más que dos muchachas para el servicio de las mesas, las cuales iban al establecimiento al amanecer, cuando ya estaban confeccionando los pasteles, y se retiraban al oscurecer, sin que jamás permaneciesen noche alguna en la tienda. Los detractores del pastelero, habian acudido á estas muchachas para averiguar datos acerca de la vida íntima de maese Pedro; pero ellas nada les pudieron decir, pues en verdad nada sabian. El pastelero era muy reservado y muy activo, hasta media noche se estaba trabajando, y al amanecer ya se hallaba abriendo las puertas de su establecimiento.

El misterio de que él solo confeccionaba sus pastas, era la base mas sólida de las murmuraciones de la vecindad, existiendo además otra circunstancia muy grande sin duda. Pedro Miquelon era íntimo amigo de Bernabé Cabard, y todos los ratos que sus respectivas ocupaciones les dejaban libres, los pasaban reunidos y conversando. La maledicencia vió en

esta amistad un nuevo motivo de ataque, y no tuvo inconveniente en asegurar que los dos habian hecho causa comun para enriquecerse, usando de los mismos medios para realizar este objeto. ☉

Mientras estos acontecimientos se realizaban, un dia del mes de Octubre del año de 1415, dos jóvenes elegantemente vestidos á la moda de la época, ginetes en soberbios caballos, se apearon á la puerta de la posada de *Los tres reyes*, situada en la parte media de la calle del Infierno, que era donde vivian el barbero y el pastelero. El dueño de esta posada se llamaba maese Chapolard, y vivia solo sin mas compañía que la de un muchacho de unos catorce años y una joven de quince, que servian á los pasajeros. Chapolard era un completo hombre de bien, y sabia cumplir perfectamente con su oficio; por lo cual, apenas vió á los jóvenes que hemos mencionado en su establecimiento, se dirigió á ellos y les tributó las mas honrosas frases, colmándoles de felicitaciones.

El mayor de los caballeros, escusó los elogios de Chapolard, y le rogó que acomodase los caballos de la mejor manera posible, y que á ellos les proporcionase un buen cuarto y una suculenta comida. El posadero, se preparó á cumplir estas órdenes, y despues de hacer que el muchacho que servia en la posada condujese á la cuadra los caballos, y que la chica se pusiese á condimentar la comida, él guió á sus huéspedes y haciéndoles subir una empinada y retirada escalera, les introdujo en un gran salon casi destartalado con muy pocos muebles y dos lechos antiquísimos, pero que tenian ropas muy blancas y finas, cosa que no se halla en las posadas tan así como se quiera.

Ya instalados allí los jóvenes, se arreglaron sus empolvados trajes, y el posadero los dejó solos para ir á buscar la comida.

Estos dos caballeros se llamaban Julio y Andrés de Pontarbo y Medina, y eran hijos del conde de Pontarbo, noble aragonés que habia servido á su pátria en otro tiempo, y que por entonces se hallaba retirado en sus hogares disfrutando de sus cuantiosas rentas.

Andrés, el mayor de los dos hermanos, tendria unos treinta años, y su viaje á París tenia por objeto el perfeccio-

narse en sus estudios y estudiar la organizacion militar de Francia. Julio solo habia marchado á este país por satisfacer su capricho: era la antítesis de su hermano, mucho menor que él y frívolo y enemigo del estudio. Sin embargo, respetaba á Andrés como á su padre y le queria en extremo, lo cual no quitaba para que fuese audaz y emprendedor.

A pesar de la diferencia de caracteres, los dos hermanos se amaban entrañablemente. Poco despues de su instalacion en la sala de la posada y ya lavados y mudados de traje, iban á bajar al zaguan, cuando la jóven sirvienta de la posada se presentó con los avíos para poner la mesa, Julió aprovechó aquella expansion para echar algunos requiebros á la muchacha, y recordar que á pesar de todo, era más hermosa la hija del barbero Cabard, que habia visto al atravesar la calle del Infierno.

Andrés le dijo que tuviera juicio, y que no comenzase á hacer de las suyas, pues se hallaban en país extranjero. Julio contestó á su hermano, asegurándole que la mirada de unos buenos ojos tenia igual encanto en todos los países del mundo, que sabia que aquella muchacha se llamaba Margarita, pues así se lo habia dicho una mujer, á quien al pasar habia preguntado. Despues aseguró el jóven que trataba de enamorar á aquella chica, á pesar de que su hermano le reprendia continuamente por su ligereza.

A este punto llegaba la conversacion, cuando Chapolard entró en la estancia, lo cual dió motivo para que Andrés le dijese que llamase á un barbero para que arreglase sus cabezas, y á un armero para que arreglase sus armas. Chapolard contestó que haria que al punto viniese un armero que vivia á la vuelta del monte de San Hilario, y un barbero que habitaba en la misma calle del Infierno. Al oír esto Julio, preguntó á Chapolard que si aquel barbero era uno que tenia una hija que se llamaba Margarita. Contestó afirmativamente el buen posadero, y despues dijo á los jóvenes que sobre aquella muchacha se contaban muchas historias horribles, y que cuantos amantes habian solicitado sus favores, otros tantos habian muerto.

Estas palabras aumentaron los deseos de Julio, impulsándole á su hermano á que marchasen á casa de Cabard

pues tenían tiempo luego para que les arreglasen las armas. Así lo hicieron, y á poco salian de la posada, Julio frenético de alegría, y Andrés aconsejándole que tuviese juicio y no se comprometiese.

Trascurrieron bastantes dias, y los jóvenes continuaban perfectamente en casa de maese Chapolard, cuando ocurrió el siguiente suceso, el cual dió margen á que pudiésemos escribir esta historia terrible, para escarmiento de los criminales y para aviso de los incautos.

CAPITULO III.

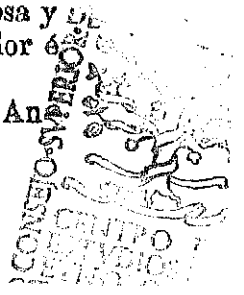
Desaparicion de Julio.—Dudas y temores.—Declaraciones de Gomira.—Miedo de Chapolard.

Uno de los dias primeros de Noviembre del año á que hacemos referencia, se presentó maese Chapolard á Andrés de Pontarbo y le dijo: que su hermano no habia parecido hacia dos dias por la posada, lo cual era de estrañar, cuanto le constaba que se hallaba perdidamente enamorado de la hija del barbero, y que temia no le hubiese sucedido alguna desgracia.

Andrés palideció, y algo inquieto, en verdad, por la tardanza de su hermano, dijo con voz insegura al posadero, que le dijese francamente qué era lo que temia. Chapolard afirmó que Margarita estaba maldita y que si queria que su hermano no se perdiese, que corriese á la barbería y le salvase, cortando de raiz aquel amor funesto, pues todos los amantes de Margarita habian desaparecido.

Andrés contestó diciendo que él no podia creer semejantes patrañas, y que maese Cabard era un hombre muy honrado, que comprendia perfectamente su oficio. En cuanto á Margarita, Andrés dijo, que era una jóven muy virtuosa y muy bella, y que no podia ser fingido el aire encantador é inocente que tenia.

El posadero quiso insistir en sus afirmaciones, pero An



drés le cortó la palabra diciéndole que fuese á llamar á Gomire, el armero, para que le abriese un cofrecillo del cual se le habia perdido la llave.

Chapolard, solícito y activo, no esperó á que se le repitiese la órden, y salió en busca de Gomire, el cual, como ya hemos dicho, tenia su establecimiento frente por frente de la barbería de Cabard. Este establecimiento era pobre y miserable, porque Gomire, pobre viudo y con ocho hijos, todos pequeños, estaba reducido á la miseria más grande.

Gomire era un buen armero, pero apenas ganaba para sostener á su familia, y cada dia disminuía su trabajo, porque la época era muy mala. Frecuentemente la caridad le socorria, pero esto no bastaba para que el pobre armero viese que sus hijos enflaquecian diariamente por falta de alimento, y él mismo conocia que sus fuerzas se iban agotando.

En tan desesperada situacion, le encontró el posadero Chapolard cuando fué á avisarle de parte de Andrés, y despues de darle algunas monedas, le condujo á presencia del jóven aragonés, que ya le estaba esperando con suma impaciencia.

Gomire se enteró bien pronto del servicio que á él se le exigia, y despues de manifestar que se comprometia á descerrar el cofrecillo sin romper ninguna de sus molduras y embutidos, comenzó su trabajo terminándole satisfactoriamente. Andrés, complacido por el buen resultado de la operacion, dió algunas monedas á Gomire, el cual, agradecido y contento, fijó su mirada en el español de una manera expresiva. Despues, fué á retirarse, pero conociendo Andrés que aquel hombre parecia querer decir alguna cosa, trató de animarle, y al efecto, dándole una palmadita en el hombro, le preguntó qué era lo que queria manifestarle.

Gomire se estremeció y contestó al jóven que habia leido en su corazon, pues tenia que comunicarle una cosa harto grande. Instigado por Andrés, Gomire dijo que era un pobre artista, tan miserable y tan falto de recursos, que con frecuencia no podia dar de comer á sus hijos, y que por ese motivo el dia anterior se hallaba sentado á la puerta de su tienda, pensativo y triste, decidido á pedir una limosna, cuando llamó su atencion, por la riqueza de su traje, un caballero jó-

ven que entró en la barbería de su vecino maese Cabard.

Andrés se encogió de hombros, y le dijo á Gomire que á qué conducia aquella relacion, que á él nada importaba si se añade que acababa de socorrer al armero. Este á su vez rogó á Andrés que le acabase de escuchar, y le preguntó que si tenia algun hermano en París, pues el caballero que él habia visto entrar en la barbería era un vivo retrato suyo, á escepcion de la edad.

Extremecióse Andrés, y su asombro se aumentó en sumo grado, cuando oyó decir á Gomire que el caballero á que se referia vestia un traje de terciopelo bordado de oro, llevando además en el birrete una hermosa pluma blanca con broche de pedrería. El jóven aragonés, instó á Gomire á que dijese todo lo que sabia, y el armero manifestó entonces que al ver entrar á tan espléndido caballero en la barbería, resolvió aguardarle hasta que saliese para pedirle una limosna.

Hecha esta intencion, Gomire se puso á aguardar la salida del Caballero, pero en vano esperó una hora y dos y tres y hasta cuatro. Dieron las seis de la tarde y el sol se ocultó, y el caballero no salia. Por el pronto supuso Gomire, que su vista, débil por el escaso alimento que habia tomado, no habia reparado en el caballero al salir, pero un raro presentimiento le hizo suponer una desgracia.

Al oir Andrés esta afirmacion, se estremeció profundamente al ver que su hermano aun no habia parecido por la posada. Comunicó á Gomire esta noticia, y entonces le dijo el armero que corriese á buscarle, siendo lo más conveniente avisar á la justicia.

Chapolard se mesaba los cabellos diciendo que ya habia previsto él lo que sucederia, pues Margarita Cabard era una mujer maldita. Gomire, que habia sido soldado y no creia en brujerías, se reia de las palabras del posadero, manifestando á Andrés, que lo que era el barbero, segun él creia, era un asesino, pues diversas veces habia oido en su casa quejidos y gritos dolorosos.

Al oir estas palabras, Chapolard se llevó las manos á la cabeza y aterrado y tiritando de miedo, se puso á castañear los dientes, en tanto que Andrés, empezando á ver claro todoaquel horroroso misterio, cogió violentamente el brazo de

Gomire y le dijo que su hermano llevaba en su vestido por valor de mas de mil escudos, y que si creia que le habian asesinado para robarle.

Gomire se encogió de hombros y contestó afirmativamente, pues otros caballeros menos ricos habian desaparecido en la tienda del barbero Cabard, sin que nadie los hubiese podido volver á hallar.

Andrés, pálido como la cera, y convulso de cólera, se llevó las manos á la frente para contener el torrente de ideas que le confundian, hasta que de pronto y con acento terrible rogó á Gomire que corriese con él á casa del Preboste para darle cuenta de lo que ocurría, ofreciendo premiar al armero con largueza. Gomire aceptó el encargo que se le hacia, y al poco tiempo los dos salian de la posada de *Los tres reyes*, en tanto que Chapolard se inclinaba y cruzando las manos comenzaba á rezar Ave-Marias, casi atontado, pues las sospechas de Gomire le habian causado un miedo cerval.

CAPITULO IV.

Fuga de Margarita.—Conciliábulo del barbero y el pastelero.—Muerte de Julio.

Ahora vamos á trasladarnos á casa del barbero Bernabé Cabard, para darle á nuestra relacion un carácter general de unidad y armonía.

La casa del barbero tenia una puerta falsa que daba á un callejon húmedo y oscuro, y por esta puerta salia y entraba maese Bernabé cuando no queria que sus vecinos le viesen ó cuando importaba á sus intereses. Julio de Pontarbo entró en la barbería para no volver á parecer; maese Cabard, acompañado de su hija Margarita, salia de ella por el susodicho callejon.

La bella jóven iba pálida y llorosa, y su traje de camino no indicaba que iba á emprender un viaje, causa tal vez de su pena. Su padre, por el contrario, iba risueño y alegre, y su hipócrita fisonomía, en la cual no habia una línea que revela-

se instintos feroces y sanguinarios, demostraba una oculta é intensa alegría, matizada por la realizacion de algun cercano acontecimiento.

A la salida del callejon, dos mulas tenidas de las riendas por un labriego, esperaban al padre y á la hija, que desde luego montaron en ellas, y precedidos del campesino, emprendieron la marcha, á tiempo que Cabard decia á su hija que procurase serenarse, pues no queria que su tia la viese en tal estado y se figurase que él la trataba mal.

Margarita proseguia llorando y contestaba á su padre, diciendo que ella le amaba y que temia por el caballero Julio, pues parecia que todos cuantos se fijaban en ella, Satanás se los llevaba. El barbero se encogia de hombros y respondia que bien podia suceder lo que su hija decia, pero que él ni lo creia ni dejaba de creerlo.

Margarita entonces le preguntaba que por qué dejaba que aceptase sus amores, á lo cual contestaba Cabard, que por eso mismo él adquiria parroquianos.

A estas palabras, Margarita lanzó un suspiro y sus labios no volvieron á desplegarse.

Nada diremos de lo restante del viaje, pero sí afirmaremos que á las tres horas maese Cabard regresaba á su tienda, llamaba por una ventana del patiecillo á su amigo y vecino el pastelero Pedro Miquelon, el cual se presentó en seguida á su vista. La figura del pastelero era horrible y repugnante en sumo grado. Era alto y flaco, caido de espaldas, de anchas manos y piés diformes, de ojos verdes como los de los gatos, y de cabeza aplastada y chata. Unicamente era agradable el metal de su voz, dulce y afectuosa siempre, que formaba un extraño contraste con su persona y con sus acciones.

Cuando el pastelero se asomó á la ventana y distinguió á Cabard, le preguntó que para qué le necesitaba, á lo cual le contestó el pastelero, que su hija ya se hallaba muy lejos de su casa. Entonces el pastelero volvió á preguntar. —¿De modo que esta tarde se hará el negocio?—Ahora mismo, murmuró el barbero. Miquelon añadió:—¿Cómo? ¿Está ahí el mancebo? Cabard contestó:—Desde esta mañana se encuentra esperando á Margarita. Voy á afeitarme, y así ya

puedes marcharte á la cueva y esperar, pues la presa no tardará en caer.

—Allá voy,—dijo Miquelon. Y desapareció de la ventana, despues de cambiar un ligero saludo con el barbero, el cual penetró en su tienda, en donde se hallaba esperándole el caballero Julio de Pantarbo, radiante de hermosura y alegría. El jóven se encontraba sentado en un sitial de baqueta negra, y jugaba con su daga, cuyo puño de plata, cincelado primorosamente, reververaba la luz como si estuviese cuajada de piedras preciosas.

Cuando maese Cabard entró en la tienda, ya hacia cuatro horas que Julio se hallaba en ella. Al verlo el barbero, un relámpago de alegría brilló en sus ojos rápido como una exhalacion; y despues de saludarle con mil reverencias, dijo á su vecino Coquelin, que era el que le sustituia en la tienda en sus ausencias y enfermedades, que ya podia retirarse, pues por aquel dia habia terminado sus negocios.

Coquelin se retiró, y entonces maese Cabard, dijo á Julio que Margarita tardaria muy poco en venir, y que si queria que entre tanto le arreglase el bigote. Julio asintió á esta idea, y maese Bernabé preparó los útiles de su oficio.

Sentóse Julio en un sillón, que el mismo barbero colocó en el centro de la tienda; puso este á la lumbre unos hierrecillos, cubrió al aragonés con un peinador, y abriendo un estuche, sacó de él una afilada navaja de afeitar.

Maese Bernabé, tranquilo en la apariencia, y sin que su rostro demostrase la menor emocion, se colocó, navaja en mano detrás de Julio. Entonces miró al suelo, y así como al descuido, apoyó su pié derecho en un clavo que se veía en el entarimado, y cogiendo con su mano derecha la barba de Julio, comenzó á pasarle la navaja por los extremos del bigote.

De pronto, maese Cabard miró á la calle y se puso á escuchar, y no oyendo pasos de ninguna persona, hizo con su brazo derecho un violento movimiento, y apretó con su pié el clavo que antes hemos indicado. Al mismo tiempo y como si la tierra temblase, el sillón que ocupaba el jóven español, se hundió en el suelo con precipitacion, y el terrible barbero sacudió la navaja, toda llena de sangre, la cual fué á caer en la calle.

Precipitadamente la trampa volvió á cerrarse, el barbero limpió su navaja con toda tranquilidad, y algunas gotas de sangre que habian salpicado el pavimento, y abriendo la puerta de su establecimiento se puso á cantar en ella una de las canciones mas populares de la época.

Apenas el cuerpo del desgraciado Julio cayó por la trampa al fondo de la cueva, Pedro Miquelon, que segun habia ofrecido al barbero estaba ya en el sótano, comenzó á dar vueltas alrededor del moribundo, hasta que observando que aun vivia, sacó un puñal de debajo de su delantal y acabó de degollar al jóven español.

Despues le desnudó con una indiferencia espantosa, y cuando le hubo completamente despojado de toda su ropa, tanto interior como exterior, hizo con ella un lio y desapareció por una estrecha abertura, marchando á su despacho, en donde una hora mas tarde penetraba el barbero maese Cabard frotándose las manos de gusto.

CAPITULO V.

Conversacion del barbero y el pastelero.—Venganza de Andrés.—La justicia en casa del barbero.—Decretos de Dios.

Apenas Miquelon vió á su cómplice Cabard, cerró herméticamente la puerta del despacho y obligándole á que se sentase le dijo, que si aquella noche no iria con él á beber unas copitas, á lo que asintió el barbero. Entonces Miquelon le declaró que la presa que aquel dia habia caido en su poder era magnífica. El oro que llevaba en su traje valia tanto como la corona de Francia y el broche de pedrería, era soberbio. Pedro añadió que el muchacho, aunque jóven, no estaba flaco, por lo que podrian aprovecharse sus carnes, que de seguro eran muy suculentas.

Encogióse de hombros el barbero, segun acostumbraba, y contestó á su cómplice que eso era cuenta suya, pues él jamás exigia el producto que dieran las carnes. Despues, como el pastelero preguntase que cuándo se harian las particiones, Cabard contestó que aguardase algun tiempo, pues el difunto

tenia un hermano que de fijo daría parte á la justicia, y que por lo mismo era menester fandar bien los galones y bordados para vender el oro en monton, y no separadamente. Convino en ello el pastelero, añadiendo que nadie podia dudar de ellos, pues los dos gozaban de buena reputacion y persona alguna sabia el secreto de su *almacen*. Solo el diablo y nosotros lo conocemos. Y efectivamente, ningun hombre honrado podia sospechar, aun en medio de una poblacion tan grande y tan civilizada como París, se estuviesen cometiendo crímenes casi diarios de naturaleza semejante.

Despues de esta conversacion, los dos amigos y cómplices se despidieron muy satisfechos el uno del otro, y la noche la pasaron en un sueño, segun consta en las declaraciones que prestaron mas tarde, cuando la justicia les sorprendió en medio de sus espantosos crímenes, y les requirió sobre ellos.

Al dia siguiente de la realizacion de este horrendo crimen, en el momento que la barbería de maese Bernabé Cabard estaba más llena de gente, y el asesino se encontraba más tranquilo que nunca, hablando con ellos de los acontecimientos del dia, oyóse por la parte de afuera un gran ruido de caballos y gentes, por cuyo motivo, el barbero y sus parroquianos salieron á la calle para enterarse de lo que ocurría. En cuanto maese Cabard vió lo que era palideció, á pesar del dominio que sobre sí mismo tenia, pues las personas que acababan de entrar en la calle metiendo tanto alboroto, no eran sino el señor Preboste de París, acompañado de un juez, dos alguaciles, una veintena de arqueros, y treinta ó cuarenta curiosos que seguian á aquel aparatoso conjunto de la justicia.

Bernabé tambien distinguió al lado del Preboste á Andrés de Pontarbo, pálido como la cera y á caballo, y al armero Gomire, el cual como sabemos se habia comprometido á ayudar en su empresa al jóven aragonés.

En efecto, Andrés, acompañado, del cerrajero se habia presentado en la prebostía y despues que á fuerza de ruegos fué conducido á presencia del representante de la justicia, hizo que Gomire declarase todo lo que á él le habia dicho en la posada. Hizolo así el armero y despues Andrés le rogó al preboste que le acompañase para buscar á su hermano, que

habia desaparecido, y que segun sospechas fundadas, temia habria sido asesinado en la tienda del barbero Bernabé Cabard.

El jóven español, para obligar más al preboste a que le ayudase y secundase sus deseos, le enseñó, como justificativos de su palabra, los papeles que respondian de su conducta, y que eran nada menos que recomendaciones autógrafas del mismo rey de Aragon para el de Francia.

El preboste se inclinó á la vista del sello y firma real, en señal de respeto, y despues que hubo oído pronunciar el nombre del barbero Cabard, frunció las cejas, y despues de pedir á Andrés algunas esplicaciones más, mandó disponerlo todo para proceder á la captura del barbero de la calle del Infierno. Acompañado, pues, de las personas que hemos dicho, salió del prebostazgo y llegó como ya sabemos á la tienda de maese Bernabé. Este, que habia palidecido al ver al preboste, se quedó helado de miedo, cuando reparó que la comitiva se paraba á la puerta de su tienda; y no pudiendo sostenerse de pié, se sentó en un banco, cruzando las manos sobre el pecho. Mas se repuso y se levantó en seguida que notó que el preboste y Andrés se apeaban del caballo, y que seguidos del juez y de los alguaciles, penetraban en la tienda, la cual, como hemos dicho, se hallaba llena de gente.

La mirada escudriñadora de la justicia, recorrió por un momento toda la habitacion, hasta que fijándose en Cabard, le dijo: «Maese Bernabé, ayer muy cerca del medio dia entró en vuestra casa un noble aragonés, y no ha vuelto á salir de ella. Decidnos qué habeis hecho de él, pues sois responsable de su vida.»

El barbero tembló desde los piés hasta la cabeza, pero contestó que Julio habia salido de su casa á la media hora de entrar en ella.

Entonces Gomire declaró todo cuanto habia presenciado; mas Cabard continuó negando, visto lo cual por el preboste, mandó que le atasen y le custodiasen perfectamente, pues la justicia no podia creer que un hombre de bien temblase como aquel miserable temblaba.

El preboste, despues de decir estas palabras, y seguido del juez, alguaciles y arqueros, comenzó un escrupuloso re-

gistro de la casa; pero Cabard no era tonto, y no conservaba en ella ni la mas ligera huella de sus crímenes. Todo aquel registro era inútil, mientras no diesen con la cueva, y como la trampa de esta estaba perfectamente disimulada, mal se podia descubrir.

Sin embargo, la Providencia tenia decretado que cesasen aquellos espantosos crímenes, y en sus altos juicios, resolvió presentarla á la vista de la justicia de la manera que luego se verá.

CAPITULO VI.

Descubrimiento del subterráneo.—Prision de maese Pedro Miquelon.—Detalles de sus crímenes.

Viendo el preboste que su registro habia salido infructuoso, dijo al barbero que trataba de descender á la cueva, para ver lo que en ella habia. Bernabé se puso lívido, y con voz balbuciente dijo al representante de la justicia, que su casa no tenia cueva, á lo cual dijo el preboste, que no importaba que no dijese cuál era su entrada, pues pensaba penetrar en ella por la cueva de la pastelería de maese Miquelon.

Dichas estas palabras, el preboste, seguido de los guardias, se disponia á recorrer otra vez el interior de la casa, cuando de repente dos arqueros lanzaron un grito horrible y desaparecieron bajo tierra. Acercáronse á aquel punto todas las personas que se hallaban en la barbería, y el juez, apoyándose en el pretil de una ventana, pues temia á su vez ser sepultado vivo, reconoció la trampa, de que antes hemos hablado á nuestros lectores. Los espectadores lanzaron un grito de alegría, porque aquel descubrimiento casi providencial iba á hacer que la espada de la ley cayese sobre los infames asesinos; y mientras todos hablaban y se acercaban á la trampa para explorar el tenebroso fondo de la cueva, el preboste mandó desalojar la tienda y atar doblemente al miserable barbero, que desde aquel momento, perdida toda su sereni-

dad y sangre fría, comenzó á llorar como un niño y á retorcerse los brazos desesperadamente.

Los pobres arqueros que habian caido al fondo de la cueva, se lamentaban y quejaban horribilmente, por lo cual, el preboste se apresuró á socorrerlos, volviendo á registrar toda la casa á fin de ver si se encontraba la escalera. Por último, y al cabo de media hora de inútiles pesquisas, dióse, detrás de unos muebles viejos, con la puerta de la escalera, y abriéndola con un golpe de hacha, precipitóse por bajo de la bóveda el preboste y su acompañamiento. Bajado el último peldaño, hallaron otra puerta, y al abrirla, retrocedieron todos horrorizados ante el espectáculo que se presentó delante de los ojos.

A la dudosa claridad que habia en la cueva, se distinguian perfectamente ocho ó diez cadáveres colgados de las paredes, siendo el último de ellos el del desgraciado Julio de Pontarbo; y como si esto no fuese bastante, el preboste observó aterrado que de aquellos cadáveres se habian cortado pedazos de carne, como se hubiera podido hacer con el cuerpo muerto de un cerdo ó una ternera.

La autoridad, dominando su emocion, pues jamás habia visto cosa parecida, á pesar de haber entendido en crímenes horrorosos, mandó socorrer á los dos arqueros que estaban tendidos en el suelo bastante heridos, y ordenó que se registrase la cueva minuciosamente.

No bien habian acabado de pronunciar estas palabras, cuando divisó con sorpresa suma, la pequeña abertura que comunicaba con la cueva del pastelero Miquelon. Instigado por la curiosidad y haciendo que le acompañasen dos arqueros, con una audacia digna de todo encomio, y sin importársele nada manchar su traje con la húmeda arena de la cueva, pasó por el agujero, yendo á parar efectivamente á la cueva del pastelero, la cual se hallaba completamente vacía.

El preboste, despues de grandes apuros, dió con la escalera de ella, y subiéndola precipitadamente, encontró una puerta, y empujándola se halló en una habitacion estrecha y sombría, en la cual habia un hombre que se estaba disfranzando de fraile. Aquel hombre era el pastelero Pedro Miquelon, el cual, cuando supo que la justicia se hallaba regis-

trando la casa del barbero, empezó á aturdirse no sabiendo qué hacer, y mas pálido y convulso que el barbero Bernabé Cabard, oyó las negativas de este, las órdenes del preboste y la caída de los arqueros á la cueva.

Admiró en el fondo de su corazon la energía y valor de su amigo; pero cuando ya se consideró perdido, y previendo lo que iba á suceder, pensó en la fuga, y al efecto, llenando sus bolsillos de dinero y tiznándose el rostro con ceniza y carbon, se fué á colocar el hábito de un fraile, cuando fué sorprendido por el preboste, como ya hemos manifestado.

Al verse delante de la justicia, fué tanta la turbacion del pastelero que se quedó como alelado; y si el preboste aun no habia podido dudar de él, bien pronto conoció que bajo aquel tosco disfraz se hallaba un cómplice del barbero.

Por estas razones, ajenas al preboste, entró en la estancia, mandó á dos arqueros que atasen á aquel hombre, á lo cual Miquelon repuso que era inútil, pues él seguiria buennamente al preboste.

Entonces el pastelero, á presencia de todos declaró, con un ánimo y una valentía á toda prueba, que por espacio de cinco años habia participado de los crímenes de Bernabé Cabard, y que en este largo período de tiempo habian hecho desaparecer ciento cuarenta y tres personas.

A esta afirmacion todos se estremecieron, y temblaron nuevamente cuando el infame pastelero prosiguió diciendo que el importe de los despojos de los que asesinaban se los repartian entre los dos, teniendo él además el derecho de emplear la carne muerta, con la cual confeccionaba sus sabrosos y excelentes pastelillos, que todos habian comido, incluso el mismo preboste.

Al escuchar estas horribles palabras todos lanzaron un grito de horror y asco, pues como Miquelon habia dicho, los allí presentes habian concurrido á su pastelería, en donde más de una vez le habian tributado elogios por la confeccion de sus pasteles y embutidos.

Esta horrible revelacion, causó tan honda perturbacion en el auditorio, que por un momento no pudieron hablar ni moverse siquiera. Hasta los mismos soldados temblaban y

se estremecian, á pesar de ser hombres habituados á los horrores y carnicerías de las guerras. El único hombre que habia tranquilo entre aquella multitud, era el mismo Miquelon, que se reía del efecto que habian causado sus palabras.

CAPITULO VII.

Reconocimiento del cadáver de Julio.—Juramento de Andrés.—Los reos en el calabozo.

Por fin el preboste volvió de su asombro y ordenó á los soldados, que á cualquier tentativa de fuga que hiciese el preso, le moliesen el cuerpo á palos. Dichas estas palabras, los arqueros se apoderaron de Miquelon, que ya se habia desnudado del disfraz por creerlo inútil, y salieron con él de la tienda, cuyas llaves fueron puestas en manos de la autoridad. La multitud que se habia reunido en la calle, y ya sabia el acontecimiento, pedía á voz en grito la cabeza del pastelero, por lo cual hubo necesidad de rodearle de una triple fila de soldados, para impedir que el pueblo lo hiciese pedazos.

En el ínterin, el preboste habia vuelto á bajar á la cueva del barbero acompañado de Gomire, para que viese si reconocia en aquellos mutilados cadáveres el del jóven caballero Julio de Pentarbo; pero sea que la emocion y el espanto trastornasen su vista, ó que no se hubiese fijado lo bastante en el aragonés, es lo cierto, que no pudo reconocerlo por más que hizo, por cuyo motivo, Andrés, luchando con su sentimiento y su dolor, se decidió á suplicar al preboste le permitiera bajar á la cueva para examinar aquellos casi desnudos esqueletos. El preboste se negó al principio á esta peticion, queriendo evitar al jóven caballero la presencia de un espectáculo tan horrible, y temiendo á la vez no le sucediese algo; pero por fin oedió, y Andrés, con una aparente serenidad que infundia terror, siguió al preboste á aquella bóveda extraña.

El jóven no tardó en recorrer minuciosamente todos los cadáveres, y por fin reconoció el de Julio, y á su vista cayó desvanecido murmurando un juramento de terrible venganza contra los miserables asesinos que de tan inicua manera le habian inmolado.

El representante de la justicia, trató de consolar al desgraciado caballero aragonés, el cual permaneció de rodillas rezando en frente del desfigurado cadáver de su hermano.

Todos los allí presentes, respetaron su religioso recogimiento, y á una respetuosa distancia esperaron á que se levantase, como así lo hizo, basando despues una de las manos del cadáver, y volviendo á repetir su juramento contra sus inicuos matadores.

Despues de esto, todos salieron de la cueva, habiendo tenido dos arqueros que ayudar á subir al desgraciado Andrés, porque á pesar de su valor y de su serenidad, el dolor le ahogaba y las fuerzas y el ánimo le faltaban.

El preboste rodeado de su gente, condujo á los dos criminales á las prisiones del gran Chatelet, encerrándolos separadamente en los más negros y hediondos calabozos; el juez ayudado del escribano actuario instruyó la correspondiente sumaria; Andrés volvió á la posada de *los tres Reyes*, acompañado de Gomire, al cual, como le habia ofrecido, le remuneró largamente, y el pueblo se dispersó, marchándose cada cual á sus ocupaciones habituales.

Las casas de Miquelon y de Cabard, fueron cerradas y selladas sus puertas por orden judicial y un alguacil con su correspondiente escolta, fué á reducir á prision á la hija del barbero, presunta cor-eo de los crímenes de su padre, ó por lo menos su cómplice ó encubridora.

El descubrimiento de crímenes tan horribles, causó una gran alarma en París, pues nadie podia suponer que la maldad é infamia de los hombres llegase á tan alto grado.

El barbero y el pastelero, encerrados separadamente, como hemos dicho, conocieron bien pronto que toda defensa era inútil, pues que confesos y convictos de sus repugnantes crímenes, los abogados no podian encontrar circunstancias que atenuasen la pena á que se habian hecho acreedores. Por esta razon, este convencimiento produjo en los ánimos

de los dos acusados muy distintos efectos. Miquelon, tranquilo aparentemente, no dejó de comer ni de dormir ningún día, demostrando ese falso valor de que los grandes criminales echan mano cuando ven cercano su fin é imposibilitado todo camino de salvacion.

Por el contrario, su cómplice Bernabé Cabard, acurrucado como un gato en uno de los rincones de su calabozo, sin fuerzas para llevar á su boca el alimento, parecia un hombre atacado de una parálisis general, y ni sus ojos tenían brillo cuando se dirigian á alguna parte, ni sus labios podian articular la más leve palabra. Frecuentemente era atacado por espasmos nerviosos ó por accesos de cólera, y mordía con horrible rabia la cadena que le sujetaba, hasta deshacer sus dientes, ó bien permanecia inmóvil y rígido como una estatua, alhelado por el peso de sus crímenes, cuya sangre parecia caer sobre su cabeza.

En veinticuatro horas, los cabellos del barbero se habían vuelto blancos; y la calentura le consumia por momentos, teniendo hundidos los ojos é inyectados en sangre. El recuerdo de su hijo hería además su corazon, y algunas veces la nombraba lanzando gritos horribles.

Cuando los jueces del Chatelet tomaron declaracion á los dos reos, ambos estuvieron conformes en esta, revelando los siguientes espantosos detalles:

Dijeron que los cadáveres que se colgaban en la cueva de Cabard, despues que este les hacia caer degollados por la trampa que existia en su tienda, permanecian colgados en las paredes hasta que la putrefaccion de las carnes que el pastelero no aprovechaba en sus pasteles y embutidos, les obligaba á sacarlos de allí, llevándolos por la noche á orillas del Sena y arrojándolos al rio en sacos que llenaban de piedras para que no salieran á la superficie de las aguas. Tambien dijeron que la bella Margarita ignoraba los crímenes de su padre, siendo completamente ajena á ellos. Esto, sin embargo, no bastó para que Margarita fuese encerrada igualmente en el Chatelet y careada tres ó cuatro veces con su padre y con Pedro Miquelon.

En todos estos careos, la infeliz jóven, sufría un desmayo, acongojada de pena por la triste situacion en que se en-

contraba su padre, al cual amaba con toda su alma, á pesar de los malos tratamientos que este le habia dado. Por eso, Margarita no hacia más que llorar y languidecer en su prision, pensando que la enormidad de los crímenes de su padre y de Pedro Miquelon exigia un castigo pronto y eficaz, para que la justicia de los hombres quedase cumplida, y para que con su muerte los criminales viesen un ejemplo, á fin de que abandonasen el camino que seguian y se hiciesen honrados y provechosos á la sociedad.

CAPITULO VIII.

Vista de la causa del barbero y el pastelero.—Sus declaraciones.—Sentencia del tribunal.

No fué muy larga la tramitacion del proceso de los dos criminales, por no ser difíciles las pruebas, hallándose como se hallaban convictos y confesos. Cuando la causa se elevó á plenario, ó sea un mes despues de su prision, se les nombraron dos abogados de oficio, los cuales tuvieron que limitarse á hacer la simple narracion de lo sucedido, y á impetrar la clemencia del tribunal, para que en vez de imponerles las sentencias de muerte, les castigase con una reclusion perpétua y absoluta.

El hermano del desventurado Julio, Andrés de Pentarbo, que se habia mostrado desde el principio parte en la causa, prestó declaracion, manifestando todo cuanto sabia acerca de la muerte de su hermano, afectando grandemente á los espectadores con su narracion, y aun al mismo tribunal, cuyo presidente, no sin trabajo, logró imponer silencio en la multitud, y mandó retirar de la sala á Margarita, que sollozaba amargamente retorciéndose los brazos con desesperacion.

Reasumidos los debates, el presidente mandó entrar á los reos, y dirigiéndose á Cabard, le preguntó con acento solemne, si estaba convicto y confeso de haber degollado con alevosía y premeditacion al caballero español Julio de Pentarbo, y de haber arrojado despues su cadáver á la cueva de su casa, así como de haber asesinado de la misma manera á cien

to cuarenta y tres personas, cuyos cuerpos habia hecho desaparecer.

El barbero contestó que sí, asintiendo en seguida á las palabras del presidente, por las cuales se declaraba que la ejecucion de crímenes tan abominables solo habia tenido por objeto el robo, con el deseo de enriquecerse.

Así mismo quedó probado, que el barbero abusaba del temor que inspiraba á su hija Margarita, para que esta aceptase las galanterías de los que despues él degollaba alevosamente.

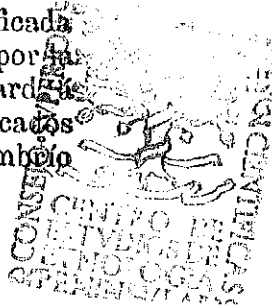
Noteniendo maese Cabard nada nuevo que exponer al tribunal, el presidente de este, se dirigió á Pedro Miquelon y le preguntó de la misma manera, si estaba confeso y convicto de haber sido cómplice por espacio de cinco años en los asesinatos cometidos por su co-reo Bernabé Cabard.

El pastelero contestó con voz fuerte y sonora, que todo lo que habia dicho el presidente era verdad, y que el principal móvil que á él le guiaba en la complicidad con tan tremendos delitos, no era otro, que el de aprovechar la carne muerta, con la cual habia logrado que sus pasteles fuesen generalmente celebrados y solicitados.

Un murmullo de indignacion del público siguió á estas palabras, y el presidente tuvo que hacer entrar en la sala á media docena de arqueros para restablecer el órden, pues la multitud pretendia sacrificar en aquel instante y en aquel sitio al audaz asesino que se atrevia á levantar la frente delante de los jueces de una manera tan cínica.

Cuando el órden quedó restablecido, aunque con algun trabajo, el procurador general del tribunal del gran Chatelet, insistió en su peticion, y despues de algunos pequeños discursos de fórmula, los jueces se levantaron para deliberar, despues que el uger del tribunal les aproximó la Biblia abierta por los evangelios, y que sobre ellos juraran sentenciar segun se lo dictase su conciencia.

Sentáronse nuevamente los jueces, despues de verificada esta ceremonia, y pronunciaron la terrible sentencia, por la cual se condenaba á Pedro Miquelon y á Bernabé Cabard á ser enrodados en la plaza de la Grève, y despues ahorcados en la cruz de Taboir, situada en un paraje triste y sombío



destinado exclusivamente para las ejecuciones capitales.

El tribunal, por un acto de clemencia, denegó el recargo de pena demandado por Andrés de Pontarbo, y despues de un gran rato mandó que los criminales fuesen nuevamente introducidos en la sala de audiencias.

Obedeciendo esta órden, Pedro Miquelon y Bernabé Cabard, rodeados de tropas, volvieron á comparecer ante el tribunal, obligándoseles á permanecer de pié para oir la sentencia, la cual fué oida con la sonrisa en los lábios por el pastelero; y no así por el barbero, al que sostenian dos soldados, porque no podia tenerse de pié. Sin cesar lanzaba suspiros hasta que comenzó á sollozar lamentablemente, siendo atacado, á esceso de la emocion, por un violento espasmo nervioso que le hizo agitar sus brazos y cadenas, las cuales rechinaron de una manera lúgubre. Por fin el barbero cayó desmayado en brazos de los que le sostenian, pudiéndose entonces comprender, que el más fiero hombre, es dominado y vencido por la voz de su conciencia, la cual continuamente nos recuerda nuestras malas acciones, siendo una continua acusadora que llevamos dentro del pecho. Aquel fiero barbero que habia tenido valor para asesinar con toda premeditacion á ciento cuarenta y tres desgraciados, era cobarde como la mas débil mujer para sufrir las consecuencias de su infame conducta, lo cual antes lo podia haber previsto con precaucion suma.

Terminada la vista de la causa y sentencia de estos de la manera que acabamos de decir, los acusados fueron nuevamente conducidos á sus respectivas prisiones. Pedro Miquelon; sin haber perdido nada de su audacia y serenidad, y maese Cabard pálido como la muerte y temblando como débil caña.

El pueblo se retiró del tribunal, citándose todos para acudir á la ejecucion de la sentencia, pues ansiaban por momentos que tan horribles criminales desapareciesen de la sociedad, la cual, parecia hallarse avergonzada de haber producido hombres tan sin corazon y sentimientos.

Desde la sentencia hasta que quedó ejecutada, Pedro Miquelon no cesó de comer y dormir como si nada tuviese que temer; pero Cabard continuó experimentando terribles des-

mayos y horrorosos espasmos de nervios, viéndose los facultativos en la necesidad de propinarle diarios calmantes para que no muriese en la prision, y con vida pudiese subir las gradas del patibulo, para que el pueblo viese que la justicia quedaba cumplida en todas sus partes, y para que de esta manera no se sustrajese á los dolores y tormentos que le aguardaban, y de los cuales eran tan acreedores.

CAPITULO IX.

Remuneracion de los trabajos de Gomire.—Libertad de Margarita.—Preparativos para la ejecucion de los reos.

Andrés de Pontarbo, dispuesto á premiar los servicios del armero y cerrajero Gomire, pues en verdad era acreedor á ello, trató de dispensar al pobre y olvidado artista toda su proteccion.

Cuando llegó á la posada, procedente del tribunal del Chatelet, y luego que hubo entrado en su habitacion y dado orden al posadero Chapolard de que no estaba visible para nadie, mandó sentar á su lado al desgraciado armero, y le dijo con voz conmovida, que ya que iba á quedar vengado su pobre hermano, podia atender con más tranquilidad á las obligaciones que con él habia contraido, pues al dia siguiente pensaba marchar á Aragon. En seguida añadió, dirigiendo una cariñosa mirada á Gomire, que por él se habia descubierto el crimen y que por lo tanto queria recompensarle debidamente.

Y sacando una bolsa de malla de acero de uno de sus bolsillos, se la entregó á Gomire, manifestándole que dentro iban mil ducados para que con ellos pudiese montar un gran establecimiento, que produjera lo bastante para que viviese honradamente con sus hijos, y á estos no les faltase el sustento necesario.

Gomire cayó á los piés de Andrés llorando de alegría y reconocimiento; mas el jóven aragonés le obligó á levantarse y con acento cariñoso le preguntó que á cuál queria más de sus hijos.

Gomire contestó que al mayor y al menor, y entonces

Andrés le propuso que le diese el mayor, pues pensaba encargarse de su educacion y de su porvenir, á lo cual se opuso Gomire al principio; pero bien pronto tuvo que ceder cuando el caballero español le manifestó que queria á su hijo para que sustituyese al hermano que habia perdido.

El pobre padre volvió á dudar un breve instante; pero conociendo en su buen juicio que debia sacrificarse por su hijo, aceptó la proposicion de Andrés con los ojos arrasados en lágrimas de agradecimiento.

No tenemos que añadir que al dia siguiente el caballero de Pontarbo y el hijo mayor de Gomire abandonaban á París, ambos heridos por bien diversos dolores. Andrés porque en aquella poblacion dejaba á su desgraciado hermano, con el cual habia entrado en la capital de Francia radiante el corazon de contento: y el hijo de Gomire, porque abandonaba á su padre, cerca del cual habia estado siempre desde que nació, y al que amaba con todo el más inmenso cariño filial.

Andrés, á pesar de todo, hallaba un consuelo en la compañía del jóven, y este miraba tambien en su protector una especie de Dios que le ofrece un brillante porvenir, á él, que solo estaba destinado á sufrir las mayores miserias y privaciones.

Margarita, la hija desventurada del barbero maese Bernabé Cabard, fué puesta en libertad y declarada no cómplice en los crímenes de su infame padre. Acongojada y llena de los mas crudos pesares, retiróse á un convento, y su vida debió deslizarse tranquilamente en el solitario recinto del claustro.

El armero Gomire, por su parte, con los mil ducados que le dió Andrés de Pontarbo, abrió un gran establecimiento que fué origen de su fortuna, pues llegó á ser bastante rico. Aun se conservan en Francia sus obras de arte, siendo de notar entre ellas, un púlpito de hierro cincelado que existe en la capilla del palacio de Lancastre, regalo que hizo Gomire al conde de este titulo, cuando en el año de 1436, se casó con su hija mayor.

Para completar los detalles de los personajes que han tomado parte en esta verídica historia, diremos que el hijo de

Gomire que se fué con Andrés de Pontarbo, y que se llamaba Felipe, se hizo abogado y llegó á ser consejero del Parlamento y presidente del tribunal de pesquisas, en cuyo empleo murió á la avanzada edad de 71 años.

En cuanto á Andrés de Pontarbo, solo manifestaremos que andando el tiempo heredó el condado de su padre y se casó, existiendo aun en Aragon varias familias de este honroso apellido.

Y ahora que hemos terminado de hacer esta sucinta relacion, vamos á ocuparnos de la ejecucion de la sentencia impuesta por el tribunal del gran Chatelet, al pastelero Pedro Miquelon y al barbero Bernabé Cabard.

Cinco dias despues de que la ley lanzó su fallo contra tan infames asesinos, una gran multitud se apiñaba en la plaza de la Grève, en cuyo centro se habia levantado un pequeño tablado, el cual se hallaba rodeado de un piquete de guardias con sus partesanas al hombro, para que el pueblo se conservara á la debida distancia. El dia estaba muy lluvioso á pesar de lo avanzado de la estacion, pero la multitud sufría la inclemencia del cielo, con tal de ver á los dos criminales espiar sus delitos.

Algunos frailes y monjas pedian limosna para sufragio de las almas de los que iban á ajusticiar, y los ayudantes del verdugo en lo alto del tablado, preparaban los objetos del suplicio, mientras en la plaza no habia un corazon que se condoliese de la muerte de los dos procesados, los cuales yacian en sus calabozos, acompañado cada uno de un fraile que trataban de prepararlos á una muerte cristiana y resignada.

Pedro Miquelon, en su insensatez y loco orgullo, rechazaba las amonestaciones del ministro de Dios, y por más que este trataba de hacer ver que si proseguia en tal camino su alma se perdia sin remision, el pastelero se burlaba de sus sermones, diciendo que no habia más vida que la que existe en este mundo, y que perdida esta, no se encontraba otra jamás.

Por el contrario, Bernabé Cabard, escuchaba las exhortaciones del sacerdote con un abatimiento horrible, que le tenia postrado, sin que pudiese recobrar fuerza ni aun para hablar.

El barbero, más que hombre con vida, parecía un cadáver, pues desde que oyó la lectura de la sentencia, no había comido más que un pedazo de pan mojado en vino de Borgoña. El sacerdote que le acompañaba, viendo que no respondía á sus preguntas, se limitó á rezar por su alma, arrodillado á los piés de un crucifijo que había en la estancia sobre una mesa, alumbrado por dos velas amarillas.

CAPITULO X.

Ejecucion de los reos.—Fin de este verídico relato.

Cuando llegó el terrible momento, y el verdugo, seguido del preboste y demás gentes de justicia, entre la que se veía á una negra turba de alguaciles, se presentó en la prision de Bernabé Cabard, el cual proseguía acurrucado en su rincón y temblando como si sintiese la mano de la muerte que le oprimía el corazón.

El representante de la justicia, apenas hubo entrado en el calabozo, se colocó en el centro, y dando un golpe en el suelo con un largo bastón de autoridad, enfundado en señal de duelo, dijo á Cabard, que la hora de la expiación había llegado, y que se reconciliase con Dios, que le aguardaba para juzgarle.

El barbero se estremeció desde los piés á la cabeza, y levantando la angustiada frente, lanzó un ahogado gemido y volvió á recostarse atacado de una de las más horribles convulsiones nerviosas, que hasta entonces le habían acometido.

El preboste aguardó ocho ó diez minutos sin pronunciar una palabra; pero viendo que el sentenciado no se movía se volvió al verdugo y le dijo que se apoderase de aquel hombre en nombre de la ley, pues ella se lo entregaba.

Maese Criepuctot, que así se llamaba el verdugo, vestido de rojo, según la costumbre de aquellos tiempos, y con una impasibilidad horrible, levantó con sus nervudos y fuertes brazos al miserable Cabard, el cual, cuando se sintió cogi-

do comenzó á dar gritos horribles, prueba de su terror y de su espanto. El barbero queria luchar á brazo partido con la muerte, pero sus gritos se perdian en la misma bóveda de su prision, sin que nadie se condoliese de ellos, pues la expiacion tenia que cumplirse realizándose el castigo que la mano severa de la ley habia decretado.

Las reducidas fuerzas del condenado no le permitieron entablar una lucha con el verdugo, que de seguro le hubiese sido desventajosa, y Cabard fué sacado de la prision casi arrastrando y echado como un fardo en la carreta que esperaba á los reos, en las mismas puertas de la prision.

La escena que tuvo lugar en el calabozo de Pedro Miquelon, cuando el verdugo se presentó en él, fué muy diferente. El pastelero se dirigió al preboste, y le dijo que habia anticipado algunos minutos la ejecucion, y que esos instantes le robaba de vida. Despues se rió grandemente de todos cuantos delante de él se hallaban, y cuando el verdugo se le fué á acercar, le rechazó, diciéndole que no le tocase hasta que fuese preciso, pues para salir del calabozo no le hacia falta porque estaba tranquilo y sereno como el niño que nada teme. En seguida preguntó al preboste si veria á su amigo Cabard antes de morir, á lo cual contestó afirmativamente el representante de la justicia, algun tanto afectado por la escena que se estaba verificando.

Cuando Pedro Miquelon llegó á la carreta, á la que subió sin ayuda de nadie, y vió el estado en que se hallaba su cómplice el barbero Cabard, le miró con desprecio y le llamó cobarde.

Instalados los criminales en la carreta, esta se puso en movimiento, y á los diez minutos llegaba á la plaza de la Gréve. Ya allí, Pedro Miquelon, descendió de ella con la misma tranquilidad con que habia subido, y los ayudantes del verdugo bajaron arrastrando á Bernabé Cabard, el cual proseguia gritando y gesticulando como un energúmeno.

Al poco rato comenzó el suplicio, y los reos fueron enrodados, como estaba mandado en la sentencia, habiendo necesidad de tapar la boca al barbero, el cual, á cada movimiento de la rueda lanzaba angustiosas frases que bien pronto se trocaban en horribles blasfemias.

Pedro Miquelon sufrió el suplicio sin quejarse, si bien de vez en cuando lanzaba un leve grito, que contra su voluntad le arrancaba el dolor.

Terminada esta terrible operacion, el pastelero y el barbero, casi sin poderse mover, pues tenian triturados todos los huesos de su cuerpo, fueron trasladados otra vez á la carreta y conducidos al sitio denominado de la cruz de Traboir, en donde estaba preparada la horca.

El primero que fué ejecutado fué el barbero, el cual se hallaba casi muerto, cuando el verdugo echándole el lazo al cuello, lo lanzó al aire, saltando despues sobre sus hombros y dando fuertes sacudidas.

Cuando subieron á Miquelon á la escalera, este quiso hablar, pero no pudo, contentándose solamente con lanzar una angustiosa mirada á la multitud que presenciaba su suplicio.

Cinco minutos despues, la justicia de los hombres estaba cumplida. El pastelero Pedro Miquelon y el barbero Bernabé Cabard, habian dejado de existir, dejando tras sí el horrible recuerdo de sus espantosos crímenes, los cuales aun causan pavor á los hombres honrados.

Segun disposicion dictada en la sentencia, los cadáveres de los reos permanecieron veinticuatro horas en el patíbulo; hasta que trascurridas fueron enterrados en el cementerio de los ajusticiados de París, el cual ha desaparecido hoy, merced á las innovaciones que ha sufrido aquella populosa ciudad y el trastorno de los tiempos.

FIN.

